

Deseo expresar aquí mi aprecio y estímulo a las Organizaciones Internacionales y nacionales que se ocupan de los niños enfermos, especialmente en los países pobres y que con generosidad y abnegación brindan su aporte para proporcionarles adecuados y amorosos cuidados. Al mismo tiempo, hago un apremiante llamamiento a los responsables de las Naciones a fin de que se refuercen las leyes y las disposiciones a favor de los niños enfermos y de sus familias. Siempre, y con mayor razón cuando está en juego la vida de los niños, la Iglesia manifiesta su disponibilidad para ofrecer su cordial colaboración con la intención de transformar toda la civilización humana en «civilización del amor» (cfr *Salvifici doloris*, 30).

Para concluir, deseo manifestar mi cercanía espiritual a todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, que sufrís de alguna enfermedad. Dirijo un afectuoso saludo a quienes os asisten: a los Obispos, a los sacerdotes, a las personas consagradas, a los agentes sanitarios, a los voluntarios y a todos los que se dedican con amor a la asistencia y al alivio de los sufrimientos de quien afronta la enfermedad. Dirijo un saludo muy especial a vosotros, queridos niños enfermos y a los que sufren: el Papa os abraza con afecto paterno junto a vuestros padres y familiares, y os asegura un recuerdo especial en la oración, invitándoos a confiar en la ayuda materna de la Inmaculada Virgen María, que en la Navidad pasada una vez más hemos contemplado mientras abraza con gozo entre sus brazos al Hijo de Dios hecho niño. Al invocar sobre vosotros y sobre todo enfermo la protección maternal de la Virgen Santa, Salud de los Enfermos, imparto de corazón a todos una especial Bendición Apostólica.

Desde el Vaticano, 2 de febrero de 2009

Benedictus P.P. XVI

XVII JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO



11 febrero 2009

**MENSAJE
DE SU
SANTIDAD
BENEDICTO XVI**

Queridos hermanos y hermanas:

La Jornada Mundial del Enfermo, que se celebrará el próximo 11 de febrero, memoria litúrgica de la Beata María Virgen de Lourdes, reunirá a las Comunidades diocesanas con sus Obispos en momentos de oración, para reflexionar e impulsar iniciativas de sensibilización sobre la realidad del sufrimiento. El Año Paulino, que estamos celebrando, ofrece la ocasión propicia para detenernos a meditar con el apóstol Pablo en el hecho que, "así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación" (2 Co 1,5). Asimismo, el nexo espiritual con Lourdes trae a nuestra mente la solicitud maternal de la Madre de Jesús por los hermanos de su Hijo "que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedades hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada" (*Lumen gentium*, 62).

Este año, nuestra atención se dirige de modo especial a los niños, a las criaturas más débiles e indefensas y, entre éstas, a los niños enfermos y sufrientes. Hay pequeños seres humanos que llevan en su cuerpo las consecuencias de enfermedades invalidantes, y otros que luchan con males que siguen siendo incurables no obstante el progreso de la medicina y la asistencia de buenos investigadores y profesionales de la

salud. Hay niños heridos en el cuerpo y en el alma debido a los conflictos y las guerras, y otros que son víctimas inocentes del odio de personas adultas insensatas. Están los niños “de la calle”, privados del calor de una familia y abandonados a sí mismos, y menores profanados por gente abyecta que viola la inocencia, provocando en ellos una herida psicológica que los marcará para el resto de su vida. Además, no podemos olvidar el incalculable número de menores que mueren debido a la sed, al hambre, a la carencia de asistencia sanitaria, así como también los pequeños exilados y prófugos que, junto con sus padres, abandonan su propia tierra en búsqueda de mejores condiciones de vida. De todos estos niños se eleva un silencioso grito de dolor que interpela nuestra conciencia de hombres y de creyentes.

La comunidad cristiana, que no puede permanecer indiferente ante situaciones tan dramáticas, advierte el impelente deber de intervenir. En efecto, tal como he escrito en la Encíclica *Deus caritas est*, la Iglesia "es la familia de Dios en el mundo. En esta familia no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario" (25, b). Por tanto, hago votos para que también la Jornada Mundial del Enfermo ofrezca la oportunidad a las comunidades parroquiales y diocesanas de tomar cada vez más conciencia de ser “familia de Dios”, y los anime para que hagan perceptible en los pueblos, en los barrios y en las ciudades el amor del Señor, que pide “que en la Iglesia misma como familia, ninguno de sus miembros sufra por encontrarse en necesidad” (*ibid.*). El testimonio de la caridad es parte de la vida misma de toda comunidad cristiana. Y desde sus inicios la Iglesia ha traducido en gestos concretos los principios evangélicos, tal como leemos en los *Hechos de los Apóstoles*. Ante las diversas condiciones de la asistencia sanitaria, se advierte la necesidad de una colaboración más estrecha entre los profesionales de la salud que trabajan en las diferentes instituciones sanitarias y las comunidades eclesiales presentes en el territorio. En esta perspectiva, se confirma en todo su valor una institución conexas con la Santa Sede como es el Hospital Pediátrico *Bambino Gesù*, que este año celebra sus 140 años de vida.

Más aún, dado que el niño enfermo pertenece a una familia que comparte el sufrimiento a menudo con graves estrecheces y dificultades, las comunidades cristianas no pueden dejar de ayudar

también a los núcleos familiares afectados por la enfermedad de un hijo o de una hija. Como el “Buen Samaritano” es preciso que nos inclinemos sobre las personas probadas tan duramente, para ofrecerles el apoyo de una solidaridad concreta. De este modo, el aceptar y el compartir el sufrimiento se traduce en un soporte útil para las familias de los niños enfermos, creando un clima de serenidad y de esperanza y haciendo que en torno a ellas sientan una familia más amplia de hermanos y hermanas en Cristo. La compasión de Jesús ante el llanto de la viuda de Naím (cfr *Lc 7,12-17*) y la oración implorante de Jairo (cfr *Lc 8,41-56*), entre otros, son puntos útiles de referencia para aprender a compartir los momentos de pena física y moral de muchas familias probadas. Todo esto presupone un amor desinteresado y generoso, reflexivo y signo del amor misericordioso de Dios, que nunca abandona a sus hijos en la prueba, sino antes bien, siempre les proporciona admirables recursos de corazón y de inteligencia para que sean capaces de afrontar adecuadamente las dificultades de la vida.

La entrega cotidiana y el compromiso sin detenerse en el servicio a favor de los niños enfermos son un testimonio elocuente de amor por la vida humana, en particular por la vida de quien es débil y en todo y por todo depende de los demás. En efecto, es necesario afirmar con fuerza *la absoluta y suprema dignidad de cada vida* humana. Con el pasar de los tiempos no cambia la enseñanza que la Iglesia proclama incesantemente: la vida humana es bella y debe ser vivida en plenitud incluso cuando es débil y envuelta por el misterio del sufrimiento.

Es a Jesús crucificado a quien debemos dirigir nuestra mirada: muriendo en la cruz ha querido compartir el dolor de toda la humanidad. En su sufrir por amor vislumbramos una suprema participación de las penas de los pequeños enfermos y de sus padres. Mi venerado Predecesor Juan Pablo II, que ha ofrecido un ejemplo luminoso de la aceptación paciente del sufrimiento especialmente al final de su vida, ha escrito: “Porque en la cruz está el «Redentor del hombre», el Varón de dolores, que ha asumido en sí mismo los sufrimientos físicos y morales de los hombres de todos los tiempos, para que en el amor puedan encontrar el sentido salvífico de su dolor y las respuestas válidas a todas sus interrogantes” (*Salvifici doloris*, 31) .